

EL EJERCITO DE LA ILIADA

Obras del autor

VERSO

<i>Las Montañas de Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	"
<i>Lunario Sentimental</i>	"
<i>Odas Seculares</i>	"
<i>El Libro Fiel</i>	"

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	(agotado)
<i>El Imperio Jesuítico</i>	(2. ^a edición)
<i>La Guerra Gaucha</i>	(agotado)
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	"
<i>Piedras Liminares</i>	"
<i>Prometeo</i>	"
<i>Didáctica</i>	"
<i>Historia de Sarmiento</i>	"
<i>Elogio de Ameghino</i>	"

LEOPOLDO LUGONES

*Duplicado
del N.º 10890*

EL EJÉRCITO DE LA ILIADA

1158



Παλλάς Ἀθήνη

BUENOS AIRES
OTERO & Co. - IMPRESORES
856 - PERÚ - 858
1915

144X265

EDICIÓN ÚNICA Y DEFINITIVA DE
QUINIENTOS EJEMPLARES
NUMERADOS

PRECIO 5 \$

№ 000100

PREFACIO

El presente trabajo es una conferencia que di en el Círculo Militar ahora siete años, y que ha permanecido casi inédita. Aquello explica su tono y sus alusiones, así como ciertas referencias comparativas a los que eran, por entonces, episodios culminantes en la historia de la guerra.

Los acontecimientos actuales, el terreno donde en parte se desarrollan, y su misma política en la Europa oriental, han renovado el interés de mis notas bajo un aspecto quizá digno de la edición.

Y si tal no fuere, ello aliviará, cuando menos, con un soplo de belleza antigua la angustia de estas horas en que la civilización enemiga del paganismo se suicida, tomando por agente a la misma barbarie empleada veinte siglos ha, para cometer la gran traición contra Atenas y contra Roma.

PREFACIO

El presente libro es el resultado de un trabajo conjunto de varios autores, que han querido contribuir a la difusión de la cultura y al conocimiento de la historia de nuestro país. El contenido de este libro es el resultado de una investigación exhaustiva y de un análisis crítico de los datos históricos. El libro está dividido en tres partes: la primera trata de la historia general de nuestro país, la segunda de la historia de la literatura y la tercera de la historia de la ciencia y la tecnología. El libro es un valioso instrumento de consulta para los estudiantes y los investigadores de la historia de nuestro país.

*Canta, musa, la cólera de Aquiles Peleades,
Que, aciaga, a los aqueos causó males sin cuento,
Y tantas nobles almas de héroes echó al Hades,
Mientras sus propios cuerpos servían de alimento
A los perros y pájaros (tal Zeus lo quisiera)
Desde que, separados así por vez primera,
Con Atrida, rey de hombres, riñó el divino Aquiles.*

(ILIADA—Canto I, versos 1 - 7)

Señores:

No necesito deciros mi gran seguridad, mi profunda confianza. Al amparo de espadas argentinas, ante un auditorio de soldados republicanos para quienes son familia antecesora, por la línea recta del honor y del deber, los héroes fundadores, que glorificados en la estatua, pisan ¡con cuánta firmeza! su pedestal de ley y asumen sobre sus mismos laureles ¡con cuánta nobleza! su título ciudadano — así, digo, así guardado y así oído, puede un escritor libre domiciliar su pensamiento sin preocupaciones, como el ave divulgadora de alegrías cantadas, en el plumón de esos nidos espinosos, do la aspereza externa embellece de seguridad la cosa íntima y suave que allá dentro convida.

Tal fué, en este país de esperanza y de humanidad, la excelencia de las viejas espadas. Ante la palabra voluntaria que expresa en su misma libertad su honradez, cual la moneda, al rodar, previene la buena ley con el timbre, aquellos ins-

trumentos de gloria conservaron siempre, a título de temple superior, el respeto del valor inerme. El sable ostentaba una especie de austeridad heroica en el silencio de su lengua de acero. Ni lo empalidecía la cólera, por mucho que se hablara, ni la misma injusticia llegaba a disminuirlo en cuchilla. Y ya sé que estáis recordando a Belgrano, cuando, deprimido y enfermo, aceptó por respeto a la República, como un héroe antiguo, esa bella condenación de la ley injusta, que Sócrates había defendido para la inmortalidad en el más noble de los diálogos platónicos. (1)

Así las espinas del árbol poderoso fueron formando el nido, por el amor del pájaro, muchas veces inclinado, sin duda, al abuso de las alas. Llevan éstas la ligereza en la propia condición del vuelo, y no hay duda que, volando, se pierde la cabeza con alguna facilidad. Pero saliera excesivo cortar por ello la garganta al ave, y solamente los monstruos imperiales se han regalado con lenguas de ruiseñor.

Por lo demás, el ala sabría prescindir también de las espinas, desde que tiene por suya la inmensidad, donde la rama no alcanza. . . Mas, aquí debo suspender el simil. Nada ha poseído una belleza tan armoniosa en todos los tiempos, como la amistad del pájaro petulante y ligero, con el rudo gajo que representa la fuerza del miembro estético formado por los dos. Los legionarios galos llevaban una alondra sobre sus cascos.

Si he recordado estas cosas, es, precisamente, porque vengo a invocar entre vosotros y yo la familiaridad del ace-

(1) "El Critón". Sócrates argumenta en él su negativa a violar la ley, para salvarse de la muerte injusta por medio de la fuga.

ro. Mi profesión es también armada, y como en la vuestra, la electricidad vital transformada en pensamiento y en coraje, se va por las puntas del metal noble como una llama de espíritu. En la delgada sombra del sable y en la enjuta silueta de la pluma, perfílase con semejanza elocuente la misma hoja de laurel.

*
* *

El poema que vamos a considerar, representa en su augusta eminencia esa conciliación, como si dijéramos ratificada con autoridad incomparable, por su mismo carácter de excelencia entre las creaciones del ingenio humano.

Y, desde luego, esto no será una disertación técnica. Ni ella estaría en mis posibles, ni los combates homéricos suelen figurar con tal carácter en las obras de ciencia militar. Por más que alguna ratificación arqueológica haya establecido la realidad posible de la empresa ilustrada en ellos, la leyenda poética no alcanza a dar resultados técnicos.

Trátase, al fin y al cabo, de versos; estos versos que nuestra vanidosa incultura afecta desdeñar, aunque esa misma Iliada venerable los señale como el fruto supremo de armoniosas civilizaciones, a la vez que como el monumento más resistente de la antigua vida por ellos conservada, con realidades personales que son héroes, con empresas cuya actividad sentimos, con pasiones cuyo influjo experimentamos, con lenguaje cuya elevación todavía nos conmueve y encanta, cual si esa evocación sustituyera una muerte de tres mil años por la evidencia de una actualidad viviente, en la

cual la familiaridad con los héroes y la gracia habitual del esfuerzo hermoso, acaban por conformar nuestro ser a la realidad de la belleza.

En la medida de mi instrucción, y preocupado por el envilecimiento intelectual que va corrompiendo al país como un resultado de su excesiva sed de riqueza, he emprendido la propaganda de las lecturas desinteresadas y nobles que mejoran el espíritu; porque la ausencia arruina las casas, y así puede suceder con nuestras mentes deshabitadas, en el exceso de exterioridad de esta vida que ni volver a dormir en el domicilio íntimo nos permite, desintegrándonos del ser interno, hasta que, por último, ya no nos queda adentro sino el vacío de la vanidad, excesivamente retumbado por nuestros mismos pasos.

Y entre esas lecturas, recomiendo de preferencia las griegas, porque las ideas helénicas representan el fundamento de la civilización a la cual pertenecemos, y porque constituyen la herencia del estado social más feliz que hayan conocido los hombres blancos. Familiarizarse con ellas, es mejorarse, porque ellas hacen comprender la razón y la belleza de la vida.

El poema que aquella civilización consideraba su monumento típico, tiene para los militares, como ellos lo saben bien, un valor psicológico tan importante, quizá, como el técnico que les falta. Era el libro de cabecera de Alejandro, lo cual puede excusar toda recomendación de mi parte; y Napoleón consideraba a Aquiles cuya cólera está destinado a cantar, como el genio mismo de la guerra: porque al ser hijo de diosa y de hombre, su talento representaba la vinculación

divina y su valor la calidad humana, o sea, en conjunto, la íntegra excelencia del guerrero.

Por lo demás, aunque nuestro estudio sea principalmente estético, el tema conserva toda su importancia militar, desde que el soldado tiene por la tradición y por la ley, el deber de la gallardía. Es de suponer que como ser inteligente, a la estética corporal ha de corresponder en él una consiguiente prestancia interna.

Este deber de belleza es, precisamente, una idea griega que constituía un fundamento moral y docente a la vez. El magistrado gobernante, el general y el sacerdote, debían ser corporalmente correctos, porque ello suponía una buena educación, a la vez que la mente sana en el cuerpo sano del adagio. Y suponía una buena educación, a causa de que ésta empezaba en las palestras, primeras y únicas escuelas al principio, si bien muy luego, la unidad del ser civilizado exigió una correspondiente perfección intelectual. Así se explica que si la juventud griega fué tan aventajada y noble, hasta equivaler con su calidad a la masa de ejércitos mucho más numerosos, la vejez resultara igualmente poderosa y bella. Abundaban en Grecia los casos de longevidad entre los pensadores más eminentes. Las barbas canas del filósofo prolongaban la sonrisa juvenil, como los mármoles retardan la luz en su blancura hasta después de haber entrado la noche.

Claro está que en una civilización tan guerrera como aquella, el deber de belleza concernía ante todo al militar. El canon de la escultura griega durante su siglo de mayor nobleza, diólo, precisamente, una estatua de soldado: el “doríforo” de Policletes. Así, los guerreros de la Iliada, jóvenes o

viejos, son siempre hermosos. Su continente es, desde luego, una prueba de su raza superior. El mismo objeto de la guerra es la reconquista de una hermosa mujer. . .

Recordémoslo en dos palabras, pues ello nos enseñará al mismo tiempo la formación del ejército de la Iliada.

Treinta y tantos príncipes griegos pretendían a Helena, hija de Tíndaro, sin que éste supiera decidirse por ninguno, pues temía la cólera de los otros, y la guerra, consiguiente entonces a desaires semejantes, cuando por consejo de Ulises, que era uno de los pretendientes, exigió a todos el juramento de reunirse para defenderle, no bien la elección de la joven hubiera recaído en uno de ellos. Este fué el primer acto de la alianza, luego concertada contra Troya, cuando Paris, hijo del rey de esta ciudad, raptó a Helena en ausencia de su esposo Menelao. Por esto, los jefes que concurrieron a vengar el agravio, fueron casi todos los mismos pretendientes, aunque algunos, como Ulises, habíanse ya casado.

El carácter de la empresa, no puede ser más caballeresco en el sentido poético; pues la Iliada es un poema feudal, destinado a glorificar aventuras de antiguos señores. La atribución indistinta del origen divino a todos ellos, por lo menos como adjetivo corriente, y la reducción de las batallas a una serie de combates singulares entre héroes siempre denominados — mientras el grueso de las tropas casi para nada cuenta — demuestran ese carácter de una manera suficiente a mi entender. El poema entero versa, por lo demás, sobre un doble episodio sencillísimo: la negativa de Aquiles a combatir, por causa de su disgusto con Agamenon que le arrebató injustamente una esclava, y el consiguiente fracaso de los

griegos ante Troya; y el remonte de fortuna para los mismos griegos, así que el héroe ofendido vuelve a la actividad de la guerra. Todo ello se efectúa reconociendo por causa dos grandes cóleras de Aquiles, lo cual justifica la invocación inicial: “¡Canta, musa, la cólera de Aquiles!” La primera es su enojo con Agamenon el jefe de todos los griegos; la segunda es el rencor que le causa la muerte de su amigo, pariente y compañero de armas, Patroclo, a manos de Héctor, jefe de los troyanos. Y sobre este asunto tan declaradamente personal, el poema se desarrolla en una serie de combates, de juegos, de reuniones que sólo tienen por actores a los jefes. La misma intervención constante de los dioses, indica siempre una preferencia personal por determinados héroes, o un resentimiento, o un lazo de parentesco. Entre tantos discursos como contiene el poema, salen muy escasas las proclamas a los ejércitos, y menos aún a las huestes de cada héroe. Son éstos quienes se dirigen la palabra entre sí, para glorificarse de sus empresas o de su alto linaje, y para injuriarse con ello, como los gauchos que se buscan en pelea por celo de la mutua fama; sin contar las injurias personales inherentes a esos encuentros. Lo propio se echa de ver en la primera poesía épica de Europa. El trovador cuenta, exclusivamente, con un público de señores, y no celebra sino hazañas aristocráticas. La masa popular constituye, apenas, el fondo difuso en el cual destácanse aquéllos. La doctrina caballeresca es la misma de la Iliada, poema que, por lo demás sirvió de modelo a las primeras leyendas épicas de la Europa cristiana.

Un individualismo tan absoluto, excluía ciertamente

toda solidaridad sentimental o patriótica, y así nos lo revela el poema mismo en las querellas de los jefes que producen actos de indisciplina como el de Aquiles, causante, a poco más, del completo fracaso griego.

Tampoco inspira al poeta el nacionalismo. Si fuere así, manifestaría su inclinación por uno de los dos bandos; pero lejos de esto, conserva una imparcialidad perfecta, elogian-
do a griegos y troyanos con los mismos epítetos, atribuyéndoles los mismos orígenes divinos, describiéndolos como igualmente civilizados. Si algún héroe resulta superior, es, al fin de cuentas, Héctor el troyano. No puede, siquiera, advertirse en esos cantos el ideal expansivo del espíritu griego que recibió después el nombre de helenismo. Lo único que indican como estado político y social es una nacionalidad en formación, por los intereses coincidentes de una multitud de caudillos, lo bastante civilizados para comprender la ventaja inmediata de la unión, pero también lo bastante indómitos para comprometerla con el egoísmo de sus conveniencias y pasiones.

La imparcialidad homérica, así como el carácter feudal y aristocrático del poema, han hecho que se atribuya al asunto original una antigüedad ya grande para el autor, lo que me parece evidente. Homero cantó un episodio ya legendario en su tiempo, pero cuya realidad nadie ponía en duda, como después de todo lo ha confirmado la arqueología moderna, con las investigaciones en Troya, Micenas y otras ciudades prehistóricas. Así se explica, también, la combinación de realidad y fantasía que entremezcla constantemente a los dioses con aquellos episodios tan humanos, hasta pre-

tender, sin vacilación alguna, la adquiescencia para todo igualmente. La idea de la fábula y del mito, no existe, efectivamente, en el poema homérico.

Aceptando el carácter real de la empresa, fácil es percibir, desde luego, en ella, un episodio de la prolongada lucha entre Europa y Asia, que las guerras médicas debían resolver temporalmente en el período histórico, y Alejandro rematar en definitiva. Los sitiadores de Troya fueron todos europeos, sin que disminuya la importancia de este hecho, el que los troyanos tuvieran aliados en Europa; pues éstos pertenecieron tan sólo a la zona que dominaba directamente la ciudad asiática, como los tracios del Helesponto a quienes tenía, por decirlo así, a la vista.

Precisamente, esta consideración nos pone en vías de esclarecer la política de la guerra, que la alianza sentimental para la reconquista de una esposa ligera, no puede explicar a lo sumo sino como hecho inmediato.

La Grecia entera, desde su extremo Norte señalado por el monte Olimpo en Tesalia, hasta el límite insular del Sud representado por Creta, y contando, a lo ancho, desde la Occidental Itaca, en el mar Jónico, hasta Calidno, avanzada extrema sobre la costa egea del Asia Menor (actual Anatolia) la Grecia entera concurrió a la guerra con veintinueve contingentes cuya subdivisión es una prueba más del interés político de la empresa. La Tesalia, con escasa población costanera y comercio reducido, pueblo pastor, o sea de preferencias terrícolas, dió nueve contingentes. La Grecia continental, desde las Termópilas al Peloponeso, y comprendiendo las islas más inmediatas, suministró dieciseis contingentes.

Era la región más poblada y activa por el comercio marítimo que suscitaba su extensa costa. Por último, los insulares de territorio y población escasos, dieron cuatro contingentes. Veintiocho fueron, a su vez, los navales que formaron una



escuadra de mil ciento veintiseis buques, con 135.120 hombres de desembarco, si contamos, según parece indicarlo el poema al comenzar la enumeración, y como fijando con ello un tipo, la dotación de 120 por nave. Quedarían a deducir de cada una 50 remeros, aplicando el mismo procedimiento, lo cual hace 56.300 individuos, que, ancladas las naves, incorporaríanse al ejército, así compuesto de los mencionados 135.000 hombres. El menor contingente naval fué el que comandaba Nireo de Sima, y componíase de tres buques; el mayor el que mandaba Agamenon y era de cien.

Por muy unidos que estuvieran los jefes griegos, y no era ciertamente así, fué aquel un movimiento demasiado vasto para la venganza de un esposo ofendido. Pero las aventuras caballerescas ocultan siempre el móvil utilitario como un deshonor, pues entienden el heroísmo, al fin justamente, bajo un carácter de absoluto desinterés. Para aquellos tiempos y con aquellos transportes, un ejército de 135.000 hombres era, ciertamente, colosal.

Fácilmente se colige, consultando el mapa, (1) que la guerra disputaba realmente el dominio del mar Egeo (actual Archipiélago) o mejor dicho, el paso preciso de este mar, el Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos) a la Propóntide (actual mar de Mármara) y al Ponto Euxino o Mar Negro. La costa boreal de este último, principalmente la actual Crimea (antiguo Quersoneso Táurico) era ya una región frumentaria de donde Grecia importaba el trigo, escaso y malo en su territorio; mientras la costa austral ponía en comunicación el mundo helénico que comenzaba a formarse, con el riquísimo imperio asirio y los países ribereños del Golfo Pérsico, poderoso emporio comercial que Alejandro tomaría después como uno de los objetos de la expansión helénica. Las futuras guerras con Persia señalarían la prosecución de ese pensamiento inicial, que el héroe macedonio consumó, y que Jerges y Darío habrían de prevenir, aunque sin éxito, con un ataque anticipado. (2).

(1) He creído mejor reducir estas cartas, dado su objeto, a las referencias estrictamente necesarias.

(2) El dominio del Egeo constituyó desde aquella remota antigüedad, hasta el auge imperialista de Roma, el episodio fundamental de la disputa por el Mediterráneo, que forma todavía ahora el eje de la política intra-

El Helesponto era, pues, un paso necesario que Troya cerraba por el lado de Asia, completando la clausura por el de Europa, con su influencia sobre los transfretanos del Quersoneso Tracio (actual península de Galípoli) aliados suyos en la guerra homérica; y aquello comportaba una pesada servidumbre para el comercio griego, dados los abusos, inherentes como un derecho en la antigüedad a toda situación privilegiada sobre los mares, así como la piratería, endémica hasta hace poco en la región.

Si bien se mira, toda la política internacional de Europa, hasta que las grandes escuadras iniciaron la expansión universal de los imperios coloniales, ha consistido en el dominio de los mares interiores. Ahora mismo (1908) la vieja cuestión del Mediterráneo, sólo espera para decidirse en favor de Inglaterra, que la independencia de Creta proporcione una estación en dicha isla a la escuadra británica, cerrando,

continental del viejo mundo. De mar asiático que había sido bajo al dominio troyano, pasó a mar europeo en poder de los griegos, y a mar africano en el de Egipto, cuando la decadencia de las repúblicas helenas. Alejandro lo reconquistó para el helenismo; pero a su muerte, lo dominaron los rodios, apoderándose de Delos que era su centro más importante, al formar, como decían los antiguos, "el corazón de las Cícladas". Dividida la herencia del conquistador, los Tolomeos, dueños del Egipto, reivindicáronlo como parte integrante de su dominio; pero Rodas volvió a dominarlo muy luego, al definirse su imperio marítimo. Sometida a su vez aquella república insular al poderío de Roma, ésta lo dominó políticamente; aunque, dilatando hasta él su sistema de comercio libre, convirtió a Delos en puerto franco. La Edad Media vió prolongarse la lucha entre bizantinos, árabes, germanos y francos, con la posesión sucesiva de Rodas y de Creta. La lucha de esta isla por su autonomía o independencia, dilata hasta nosotros el viejo problema, que Inglaterra aspira a resolver, como Roma, sobre los mismos parajes; por donde se vé la excepcional importancia histórica que la guerra homérica debía alcanzar en los milenios sucesivos. Asimismo, la lucha comercial por el dominio del Golfo Pérsico, prosigue entre Inglaterra, Rusia y Alemania, poniendo en peligro inminente la autonomía de la Persia. Rusia avanza por el norte de este país, mientras Inglaterra hace lo propio por el Sud, y Alemania domina la Siria ribereña con su famoso ferrocarril de Bagdad.

así, ésta, la última puerta que le falta sobre aquel mar. (1). El imperio ateniense consecutivo de las guerras médicas, consistió, sobre todo, en el dominio de las costas egeas; y su trágico final, a manos de Esparta, fué la batalla de Egos Póttamos en la cual perdió, precisamente, el dominio del Helesponto.

Así, pues, en el mismo ataque de Grecia se ve la acción para abrir la puerta. En la defensa troyana, la conservación de un estado ventajoso. La mayor densidad de los contingentes griegos y los mejores jefes, correspondieron, asimismo, a la región más avanzada sobre el Egeo y más unida a la costa asiática por la cadena insular de la Dodecanesia (actuales Cícladas).

Formando el elemento intermedio entre la civilización de Asia y la europea, el imperio de los dardánidas (de donde el actual estrecho de los *Dardanelos*) cuya más famosa capital sería Troya, representaba, sin embargo, por su origen asiático, la oposición contra el movimiento heleno, a pesar de que su civilización, poco o nada difería de la griega. Tratábase, en suma, de una misma raza dividida por necesidades inconciliables de comercio y de expansión geográfica, a la vez que por un ideal antagónico respecto al origen de ambos pueblos: los griegos, decididamente separatistas y europeos; los troyanos, conservadores de la tradición asiática que muchas de sus costumbres, y hasta sus nombres propios, manifestaban.

(1) O sea el canal de Citeres, entre esta isla y la extremidad sudoeste de Creta. Este canal, es igualmente una de las tres puertas del Archipiélago, con la boca de los Dardanelos al N. E., y al S. E. el ancho freo entre Creta y Rodas, que es también una posesión británica.

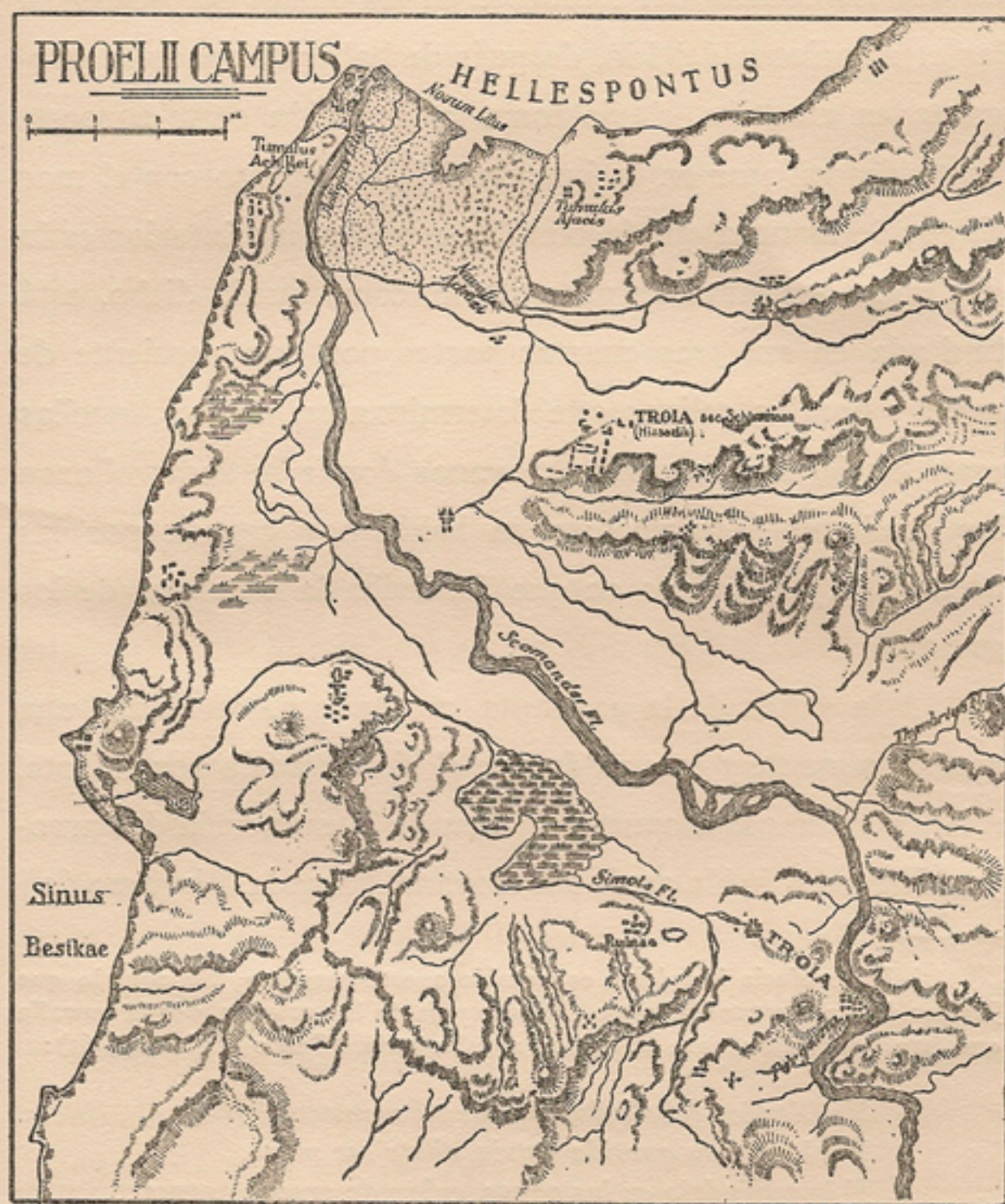
El imperio de los dardánidas cubría con su zona de influencia política casi toda el Asia Menor e islas adyacentes, hasta la ya citada de Calidno frente a la antigua Halicarnaso (hoy día villorrio de Budrun); de manera que las costas oriental y occidental del mar Egeo, hallábanse por partes iguales frente a frente.



La ciudad que, al caer, resolvería este duelo legendario cuya reproducción iba a constituir durante los siglos posteriores el mérito de Grecia ante la civilización occidental, contaba con una situación admirable como plaza fuerte y emporio comercial a la vez.

En el extremo occidental de la península de Anatolia, hubo una segura bahía, hoy colmada de arenas, y formada por la desembocadura del río Escamandro (actual *Menderi*)

en el Helesponto. A unos diez kilómetros hacia el Sudeste, las últimas estribaciones del monte Ida que remata la cadena del Tauro, forman una estrecha quebrada abierta al Oeste



en la dirección del mar Egeo, allá escotado, a su vez, por la bahía de Besika (1). Esa quebrada forma el ángulo interior

(1) Esta bahía ha sido más de una vez el punto de cita de las actuales escuadras europeas en las diversas intervenciones que ha motivado la cuestión de Oriente; lo cual demuestra una vez más, la excelente situación táctica de Troya y la importancia de la guerra homérica.

de la planicie abierta sobre la antigua bahía del Noroeste, sirviendo de paso al río Escamandro que forman las fuentes del Ida y que por ella se precipita torrencial. Estrechado por las colinas del Nordeste en las cuales se prolongan las estribaciones del Ida, después de haber formado la garganta en cuestión, el río toma la dirección oeste-noroeste hasta desembocar en la junción del Helesponto con el mar Egeo; de manera que la planicie cuyo ángulo interior es la quebrada que sirve de paso al río, como queda dicho, está limitada en sus tres cuartas partes por esta corriente de agua y por las colinas que determinan su curso. Aquellas eran las fértiles campiñas troyanas donde se desarrollaron los combates homéricos; y la bahía hoy cegada por las arenas, (1) el puerto en que fondeaba la escuadra de los griegos.

A la salida de la garganta montañosa, levántase una roca imponente y escarpada que el río circunda por el Este, mientras a la parte opuesta brotan de la eminencia dos arroyos. Esa roca fué la acrópolis troyana, llamada Pérgamo (2)

(1) La profecía homérica es notable a este respecto. He aquí lo que Júpiter dice a Neptuno, cuando éste se queja de los griegos, por la muralla que han construído para defender aquella rada (Canto VII — 459-63):

*No bien los cabelludos aqueos en sus naves
Vuelvan a su querida patria, abate ese muro,
Y hundiéndolo en las aguas, cubre de arenas graves
La ancha ribera, para que el baluarte seguro
De los aqueos, quede arrasado.*

Es evidente que el poeta había previsto la obstrucción de la bahía por el arrastre de las arenas fluviales, mediante una observación tan certera como aguda.

(2) Había otra Pérgamo al Sud, casi en el extremo límite del imperio de los dardánidas.

y esos arroyos, las fuentes de la ciudad, situadas frente a las famosas puertas Esceas donde los ancianos celebraban consejo. Entre las fuentes citadas y la acrópolis, extendíase la ciudad civil sobre una extensión de dos kilómetros aproximadamente, todavía resguardada por el río Simois que formaba hacia el Oeste un vasto pantano.

Mis referencias conciernen a la topografía de Estrabón, ligeramente modificada por los modernos Le Chevalier y Ulrichs; pues si bien la arqueología parece confirmar la opinión de la antigüedad romana sostenida por Schliemann y su escuela, los detalles geográficos, tanto como la estrategia resultante de la Iliada, la contradicen totalmente (1). No obstante, he puesto en el mapa las ruinas que Schliemann conceptuaba pertenecientes a la Troya homérica, y que están situadas junto al pueblecillo turco llamado Hissarlik, como se ve entre paréntesis.

Defendida, así, en sus tres cuartas partes, por las colinas y el río que le formaba un foso natural, la acrópolis troiana era una posición formidable, desde cuya cima se dominaba la playa marítima del Oeste, y el Helesponto. Amurallada en su garganta natural por fragosas pendientes, y circundada por el río que la estrechura embravece, no sólo defendía la ciudad baja y las aguas potables, sino los pastoreos de la montaña a retaguardia. Con esta base, una escuadra crucera apostada en las dos bahías antedichas, la actual de

(1) Así, por ejemplo, es imposible que los 135.000 hombres del ejército griego hubieran podido desplegar en los dos kilómetros que separan Hissarlik del antiguo puerto aqueo. Añadiré que, a lo ancho, no habrían dispuesto sino de tres kilómetros escasos, lo que es, también, insuficiente.

Besika y la formada por la boca del Escamandro, cerraba a discreción el paso del Helesponto.

La falta del inevitable combate naval que debió anteceder al desembarco griego, arruinando la escuadra troyana, ha hecho suponer, precisamente, que la Iliada es una continuación de otro poema. Cuando aquella empieza, los griegos están ya sobre los campos troyanos y dominan el mar. Verdad es que la enumeración de los contingentes, parece dar también el carácter de poema inicial a la Iliada; pero la dilucidación de semejante problema, sería extraña a nuestro asunto.

Más suscita que la de los griegos es la mención de los contingentes troyanos, y esto parecería señalar una preferencia del poeta por los primeros. Pero no; ello resulta de que la topografía asiática es más sencilla, determinando una mayor unidad política, que el carácter defensivo de la acción troyana contribuyó todavía a simplificar. Ya veremos que la psicología del jefe troyano, denuncia un estado de civilización sensiblemente superior a la griega, al poseer el concepto unificador de la patria. Los contingentes troyanos fueron veintinueve, o sea un número igual que el de sus adversarios. La imparcialidad homérica y la simetría literaria que también impera en la oposición geográfica de las comarcas rivales, saltan a la vista.

Los griegos están, pues, frente a la más poderosa acrópolis del mundo antiguo, sólo competida por Micenas, cuyo rey es, precisamente, el jefe de los sitiadores. (1). Este de-

(1) El parecido táctico adviértese hasta en este detalle: Micenas, como Troya, tenía fuentes captadas del mismo modo, lo cual es todavía más explicable en la seca Argólida donde se hallaba situada.

talle acentúa más el carácter decisivo del duelo entre los dos mundos, representados por sus dos potencias principales.

El común antecesor pelasgo ha puesto su sello en esa guerra peculiar de la montaña fortificada, que nuestros *Pucaraos* calchaquíes recuerdan con asombrosa semejanza. Ello explica, desde luego, en ambos mundos, la ausencia de la caballería y de la artillería, reducidas al carro de guerra que, propiamente, es una fortaleza ambulante en los combates homéricos, y a la roca despeñada cuyo objeto es el aplastamiento, no la brecha.

La infantería en columna cerrada, y el carro, imponían el campo abierto y poco desigual a la batalla; y he aquí por qué los griegos no fondean su escuadra, que es su base de operaciones, en la bahía de Besika, aunque les resulte más cerca de Troya en línea recta: el campo intermedio está enteramente arrugado de colinas.

Cerca de la costa, en su campamento fortificado, vivaqueaba el ejército, con sus centinelas y sus rondas, distribuido en grupos de cincuenta hombres por fuego. Este número reaparece en las tripulaciones de cada barco, y en la formación de la primitiva falange que constituía la unidad táctica: la *pentacosiarquía* o grupo de treinta y dos hombres de frente por dieciseis de fondo, más un jefe y un sargento. Durante la pelea formábase un bloque con varias de estas compañías, y el poema menciona, en cierto combate, siete jefes que mandaban cien hombres, o sea dos compañías cada uno. Aquello componía el clásico “muro” homérico, tan elogiado en la formación de los *mirmidones* de Aquiles; y ya los escudos sabían hacer la famosa “tortuga”

que reportó tantos éxitos a la falange. El bloque ondeado de penachos como una amenazadora fortaleza, donde espejeaba frío y opaco el resplandor de los broqueles unidos, presentaba por todos sus costados un deslumbrador erizamiento de lanzas. Acá y allá gigantescos jefes sobresalían con toda la armada cabeza, como las torres albarranas de las viejas fortificaciones. Así es como recordábamos, permítaseme la evocación que ha de conmover, estoy seguro, tantos espíritus, así es como recordábamos en nuestra adolescencia las lecturas homéricas, ante aquellos pequeños batallones del viejo ejército, con sus bajos kepíes y sus bombachas escarlata, masa de carne heroica cuya alma enorme y única parecía prolongarse con un estremecimiento de gloria en el refucilo parejo de las bayonetas, cuando al cintarazo viril de la voz de mando, los rifles erguidos caían con golpe profundo sobre el pecho izquierdo, como si en ademán característico, la mano ratificase aquella compenetración de metal y de corazones.

Pudiera creerse que en las escabrosas cercanías de Troya, la falange maniobraba con dificultad, conforme a una conocida cita de Polibio; pero, si bien su formación exigía una horizontalidad relativa del campo, aquel principio constituye una exageración retórica. Epaminondas y Alejandro demostraron que no era tan inepta ni tan rígida en el terreno quebrado.

Los soldados homéricos preludiaban al oplita con su formación y su armadura: casco abierto, coraza, escudo oval y grebas como armas defensivas; pica y espada para ofender. Otros representaban el rudimento del psilita o infante ligero de la falange, desprovistos de armas defensivas y en-

cargados de disparar proyectiles, que eran galgas de honda, jabalinas y flechas.

Formados en las palestras que, como antes dije, fueron las únicas escuelas de la Grecia primitiva, poseían a fondo la gimnasia militar y el orgullo de la destreza bella, pues dicha enseñanza representaba la negación de la fuerza inculta. Un elevado concepto del honor, que despojaba a los premios más altos de todo valor venal, siendo el primero de ellos una simple corona de laurel, habituaba sus almas al heroísmo y a la gloria. Las palestras griegas iniciaron los conceptos de la honra varonil y de la estética, tornando accesible la distinción al esfuerzo y a la constancia por el desarrollo armónico de las cualidades corporales, al paso que ello influía sobre el carácter con la severa disciplina correspondiente. Por esto los combates homéricos hacen el efecto de descripciones escultóricas, bajo un patrón inquebrantable de belleza. (1).

Véase este trozo (Canto IV, 419-28) en el cual figuran simultáneos, el guerrero suelto de las monomaquias y el conjunto de las falanges que atacan. Diomedes reprochado por Agamenon, arremete, diciendo a su compañero Esténelo:

(1) El ejercicio por excelencia en la palestra, era el "pentathlo", compuesto por cinco pruebas: el salto, el tiro del disco, el de la jabalina, la carrera y la lucha, todos militares como se vé; de manera que la gimnasia tendía especialmente a la formación del guerrero, representando las palestras nuestros polígonos actuales. El carácter utilitario de los conceptos griegos, presumía un fin determinado a toda la enseñanza. No les bastaba propender a la formación del hombre fuerte, como nosotros: había de ser un militar, o sea el elemento que más necesitaba aquella civilización.

¡Vamos, pues; recobremos nuestra fuerza impetuosa!

*Dijo y saltó del carro con sus armas. El bronce
Sobre el pecho del héroe sonó terriblemente;
Tal que el más bravo habríase amedrentado entonces.*

*Como la onda que en torno de estruendoso rompiente,
Se empina y se atropella, por el Céfiro alzada,
Y desde el mar lanzándose, palpita inmensamente
Sobre los promontorios donde se encumbra hinchada,
Mientras escupe en torno su espuma — así la gente
De los dánaos, en rápidas falanges apretada,
Movíase a la guerra.*

O bien, véase cómo muere en belleza Gorgithión flechado por Teucro (Canto VIII, 306-8):

*Y como la amapola que, en el jardín, cargada
De fruto y de rocío primaveral, se inclina,
Tal dobló su cabeza por el casco agobiada.*

Semejante imagen, no puede referirse más que a un héroe hermoso. Empleando un procedimiento que le es habitual, y que revela al consumado artista, Homero nos lo había expresado sin decirlo, con sólo recordar en el verso inmediato anterior, a la madre del héroe:

Castianira de Esima, bella como las diosas.

Ello exigía, desde luego, dos condiciones fundamentales: la actividad y la juventud, que Napoleón consideraba

también necesaria al héroe. Así la lengua homérica posee dos sinónimos significativos: “soldado” y “joven”; “comprender” y “estar de pie”. Resalta en esto último el mandamiento de la palestra: la apelación militar, que exige acto continuo la posición erguida.

Sin embargo, el soldado no cuenta, según dije antes, a no ser como fondo difuso del cuadro que tiene por personajes a los jefes; pero, en el mismo poema, nótase acá y allá el germen de la entidad popular que va a formarse.

La nobleza manda todavía con absolutismo despótico, permitiéndose golpear con sus cetros al plebeyo que protesta, y celebrando sus consejos de guerra sin darle participación alguna; pero en aquella oposición existe ya un rasgo de personalidad rebelde, y las mismas proclamas de los jefes, aunque escasas, revelan que se tenía en cuenta al pueblo más de lo que se aparentaba. Así, después del consejo de guerra del canto II, con motivo del sueño infausto de Agamenon, los pueblos se reúnen para escuchar la proclama con que éste les participa la decisión de la retirada; y sólo la palabra de Ulises, que habla a cada soldado en términos de reflexiva consideración, impide aquel paso extremo. Aquí es el pueblo quien decide, a pesar de la resolución del jefe, y no obstante haberle causado esta última indecible alegría, puesto que significaba el regreso a los hogares largo tiempo abandonados. Aquiles, en su mencionada proclama a los mirmidones, recuerda los reproches y amenazas con que ellos protestaban de la inacción del caudillo: libertad extrema, por cierto, tratándose del más bravo y rencoroso de los jefes helenos. El combatiente de la Iliada es, pues, antecesor directo de aque-

llos soldados de Jenofonte, tan revoltosos e igualados a sus jefes, como accesibles a la palabra racional, siempre poderosa en Grecia. Lo cierto es que ya entonces celebrábase deliberaciones públicas donde los hombres se distinguían, según dice a Aquiles el viejo profesor Fénix, enviado a la guerra por Peleo, para que enseñe a su hijo, en el mismo campamento, el arte de la elocuencia. Pero un elemento más importante contribuye a la formación del respeto por el pueblo.

El reclutamiento habíase efectuado por tribus, compuestas, a su vez, de fratrias y de familias; estribando principalmente la solidez del ejército en la unidad de estas largas parentelas. Los padres sorteaban entre sus hijos la carga militar, y la unión de las tropas así formadas, era un principio táctico que el mismo comandante en jefe verificaba antes de la batalla. De este modo, a la mayor confianza que los soldados inspirábanse entre sí, uníase el deber de vengar a los parientes muertos, tan respetado en Grecia. El episodio decisivo de la Iliada, o sea la terminación del retiro de Aquiles, proviene de ese deber de venganza. Patroclo, muerto por el jefe troyano, era no sólo escudero de Aquiles, sino su tío segundo. Las mismas costumbres griegas relativas a estas venganzas, persisten todavía en los Balkanes, de donde procedieron muchos héroes homéricos. Y el lazo fraternal unía a los mismos héroes, sin otra relación que la del mérito; pues si Aquiles es sobrino de Patroclo y menor que él, en cambio Idomeneo es más viejo que Merión su servidor o escudero. Por lo demás, aunque así se los llamara, eran efectivamente verdaderos hermanos de armas; y basta para convencerse de

ello, recordar el diálogo que entablan en pleno combate los ya citados Idomeneo y Merión. Este último, aunque escudero, tiene armas, despojos y navíos propios, lo cual prueba que no se trataba sino de una dependencia caballeresca. Patroclo, a su vez, era príncipe como Aquiles.

Batalla significaba, literalmente, hallarse a la vista los de una misma tribu. Las divisiones del ejército eran las mismas de las ciudades jónicas, tradicionalmente compuestas por cuatro tribus: propietarios, pastores, artesanos y soldados, o sea, en sus fundamentos, toda la sociedad civilizada. Tratábase realmente de una república militar en campaña, y de ahí saldrá luego, por extensión de solidaridad, el ejército democrático de Maratón.

Nótese, entretanto, que ese carácter local y casi consanguíneo, dió también su eficacia y su solidez a nuestras montoneras, bajo un concepto de nacionalidad todavía supeditado a los intereses egoístas; exagerando por igual la influencia del caudillo que los comandaba con despótica dureza, pero a quien obedecían solamente. Algunos, como Quiroga, gozaron ante el vulgo hasta de la vinculación sobrehumana atribuída a los héroes homéricos.

Estos últimos, iguales entre sí, reconocían como jefe accidental al más poderoso: Agamenon, rey de Micenas; pero reservándose el derecho de combatir o retirarse a voluntad, como Aquiles. Del propio modo obraron nuestros caudillos, hasta los días bien próximos de la guerra con el Paraguay.

La disputa de Agamenon con Aquiles, es típica. Abusando de su fuerza, aquél le quita una esclava que le ha tocado en el reparto del botín, y se jacta de ello. Puedo hacerlo,

dice, con quien se me antoje. El otro, cubriéndole de injurias, se retira de la guerra, sin que nadie piense en reprochar su conducta a ninguno de los dos. *Están en su derecho.*

Sin embargo, la idea monárquica tiende a robustecerse entre la misma nobleza, alarmada ante la creciente fuerza popular que el clero ayuda, reivindicando a su vez privilegios de clase, y lanzando anatemas contra esos mismos jefes predilectos o parientes de los dioses. Así, ellos reconocen al rey Agamenon el derecho de tomarles su parte de botín, aunque sea injustamente. En los consejos de Ulises al pueblo, cuando quiere impedir la retirada que ha anunciado Agamenon, se encuentran las conocidas máximas del absolutismo: “no podemos mandar todos”, “no es bueno dividir demasiado la autoridad”, “sólo debe ser jefe y rey aquel a quien Dios ha confiado el cetro y las leyes”. Atenas haría, precisamente, todo lo contrario de estas máximas formuladas por “el prudente Ulises”, puesto que la democracia y la división de los cargos públicos llegaron en ella al gobierno directo del pueblo por el pueblo, así como a la adjudicación de aquellos por votación y por sorteo, sin excluir el mismo comando del ejército; pero aquella guerra primitiva fundó en Grecia la nacionalidad.

No que ella tuviera un propósito panhelénico, aunque la expresión se encuentre ya en Homero. Hállase esto tan lejos de la realidad, como la supuesta alianza producida por el rapto de Helena; pero la idea de patria, o en términos estrictos “la tierra de los padres”, hállase demasiado repetida en el poema, para que sea casual. Este fundamento del patriotismo en el culto de los antepasados, que el Japón acaba de

revelarnos como el secreto de su esfuerzo colosal, es una idea netamente griega. La guerra homérica fué, moralmente hablando, un caso de solidaridad primitiva con el jefe ofendido de una familia principal; un agravio personal nacionalizado, mejor dicho, generalizado, y que por ampliación de la solidaridad de familia y de tribu, forma el origen de la nacionalidad y de la raza como ideas transformadas luego en hechos. Esto explica la naturaleza fragmentaria de las milicias, el caudillaje que las domina, y hasta el carácter individual del combate homérico.

Los héroes se buscan personalmente para vengar por lo común homicidios de parientes y de amigos; conservando, así, toda la guerra, el carácter de agravio privado que revisitiera el episodio inicial. De esto proviene, asimismo, que ella fuese tan encarnizada entre hombres de una misma raza y civilización, si bien ese choque inicia, como resultado y móvil superiores, el antagonismo de Europa con Asia; la idea de patria es, en el fondo, la misma de separación. Pero así se ve también que la guerra, al efectuar progresivamente, bajo la suprema sanción del peligro y la ratificación solemne de la sangre, la solidaridad de las familias, tribus, confederaciones, nacionalidad y raza, fué el elemento más activo de civilización política y social.

Obsérvese, ahora, esta consecuencia al parecer extraña.

La guerra proviene de la solidaridad, es decir, del mismo principio que, generalizado por la filosofía en el espíritu, así como por la facilidad de relaciones en el tiempo y en el espacio, niega ahora la guerra; de donde resulta que lo esencial es aquel principio, no sus agentes, y que cuando se asig-

na a la guerra un carácter civilizador, no es en abstracto ni en absoluto, sino con relación a un medio determinado, fuera del cual puede convertirse en causa de retroceso y de barbarie.

Esa exageración anacrónica cuyo sostén demanda absorciones injustas y excesivas del bien común, en razón directa de su progresiva anomalía, es lo que llamamos militarismo y combatimos a nombre de la civilización futura, oponiendo a la pesadumbre de su materia, la palabra que es el viento del espíritu. La civilización es como el buque. Entre el mar que resiste y el viento que impulsa, su feliz equilibrio combina los dos elementos para la marcha. Pero las alas, ya conquistadas por el hombre, han demostrado que el mar tampoco es imprescindible. Basta con el viento...

Y después de todo: ¿no fueron antimilitaristas a su vez los mejores generales de la revolución francesa y de la nuestra? He aquí el gran destino de las espadas libres: escribir en tablas perdurables la libertad, esa lección de la justicia.

Obligada a un perenne estado de heroísmo por su pequeñez y su situación ante el Asia enemiga, la Grecia fué siempre militar; pero la extensión del principio solidario, aun dentro de su conformación guerrera, llevóla con Alejandro a la realización del helenismo, o sea a la sustitución de la patria, y aún de la raza, por la mera unidad del espíritu griego, en el remonte más bello y audaz de humanitarismo que hayan conocido los hombres.

Sin ser un poema patriótico, la Iliada representa la inauguración de la patria en la solidaridad persistente de las tribus, que afirman su seguridad y su integridad con el deber

de venganza: una idea rudimentaria, pero efectiva, de justicia.

Por eso, también, los pueblos evolucionaron hacia la democracia; pero allá, sobre el campo de batalla, los jefes supieron mantener su condición superior por derecho divino, con esa excelencia de valor y ese privilegio del peligro que constituyen la respetabilidad de las aristocracias.

Los licios, aliados de Troya, dicen (XII, 318-21):

*Nuestros reyes con gloria reinan sobre la Licia;
Comen gordas ovejas y beben un preciado
Y melífero vino; mas también es justicia,
Porque entre los primeros licios siempre han peleado.*

Delante de las falanges pedestres, marchan, en efecto, los carros de los héroes. Aquella caballería, si tal puede llamársela, forma la vanguardia.

Una industria ya muy desarrollada labró sus armaduras, sus vehículos y sus arneses.

La arquitectura cíclopea había hecho maravillas en los palacios, con sus salas revestidas interiormente de bronce a modo de inmensos deslumbrantes cofres, sus torres y sus murallas que hasta hoy subsisten en parte, asombrándonos las hiladas de sus bloques colosos. Relativamente a esas construcciones, Homero tiene razón cuando asigna a sus héroes estaturas gigantescas. La pintura adornaba los carros con colores preciosos, y había ya establecido aquella famosa tintorería de la púrpura, que hizo la fortuna de varias naciones

antiguas (1). Hasta los frenos de marfil esculpido que llevaban los corceles, otra industria sedentaria y refinada, estaban teñidos de púrpura. Las naves, de bastante capacidad, pues su dotación completa constaba regularmente de ciento setenta hombres, tenían pintadas de azul sus altas proas encorvadas en forma de hoz; pero si el poema nunca olvida ese detalle, que era, sin duda, precioso, para disimular aquéllas confundiéndolas con las olas (2) da muy pocos datos sobre la escuadra griega, por más que ella representara la verdadera base de operaciones para el ejército sitiador. Apenas, en el último grande ataque de los troyanos, recuerda a Ajax (canto XV) armado de un botavante remachado y largo de veintidós codos (casi once metros). La marina fué democrática en Grecia, y de aquí, sin duda, su escasa mención en aquel poema feudal.

Pero donde se advierte con entera claridad el estado de aquella industria, es en la mención de las armas y enseres bélicos. Los carros acorazados de bronce y casi siempre con dos ruedas, pues los de cuatro eran más bien de paseo y de viaje, constituían el elemento esencial de combate. Su nombre griego, *arma*, ha denominado después, en casi todas las lenguas, los pertrechos de combatir, empezando cronológicamente, y como era de esperarse, por los defensivos. De

(1) Esto requería instalaciones dispendiosas, que demuestran la existencia de una civilización asentada y regular. Sabemos por Plinio, que cada concha del múrice famoso, rendía sólo una "lágrima" de púrpura como producto de minuciosa destilación. El golfo de Corinto era el principal criadero helénico.

(2) No existe sino una excepción al respecto: las naves de Ulises tenían pintados de color rojo sus flancos. El detalle y la expresión con que lo designa, reaparecen en la Odisea (XXIII, v. 271).

aquí que el juego delantero de nuestros cañones, se llame *armón* por antonomasia.

Algunos asumían la forma de una pipa de fumar ligeramente inclinada sobre las ruedas, formando el hogar la caja, y el tubo, la lanza o timón; otros eran trapezoidales, y todos muy bajos de eje, descollando por esta condición los de carrera que también servían en el combate: especie de “sul-kys” antiguos sobre los cuales iba el conductor de pie, excediendo apenas con sus hombros y su cabeza las ancas de los caballos. De tal modo, éstos constituían una defensa por el frente. Los primeros, muy sólidos con sus corazas y su recargo de adornos que florecían hasta en los rayos de las ruedas, formaban, como quien dice, la caballería pesada. Protegían al combatiente hasta la cintura, mientras los ligeros consistían en una reducida plataforma casi escueta. Los tiros eran bigas y trigas, lo cual suponía conductores muy expertos. Desempeñaban por lo común este oficio los escuderos o hermanos de armas. Estos aurigas iban tunicados si eran de parada, como la copia del famoso de Delfos que puede verse en nuestro Museo de Bellas Artes; armados si combatían; desnudos para las carreras en la palestra. Los griegos adoptaron asaz tarde la carrera de caballos con jinete, pero adoraban el deporte rodado (1). La mejor fiesta de los funerales de Patroclo, fué una carrera entre los héroes más ilustres del ejército.

En cuanto a las armas defensivas, fueronlo primero el casco y el escudo. Este último, sujeto luego al cuerpo para

(1) Solamente una vez montan a caballo los héroes. Es cuando Ulises y Diomedes conducen así de Troya, los corceles robados por ellos a Rhesus.

duplicar el resguardo, engendró la coraza que protegía el pecho y el vientre. Debajo iba una cota de malla de bronce, hasta la mitad de los muslos. Puede inferirse el adelanto de aquella industria, por el hecho de que las cotas de anillos remachados, como las griegas, sólo se generalizaron en Europa a mediados del siglo XII. Verdad es que estas últimas eran de fierro y las otras de bronce; pero la Iliada menciona también muchas veces el fierro trabajado y el acero empavonado o brillante (1). Protegían por delante las piernas del guerrero, grebas de estaño que cubrían desde la rodilla al empeine, facilitando la blandura del metal el juego de las articulaciones. Terminaban por arriba en broches de plata, y por la parte inferior incorporábanse a la sandalia que cruzaba el empeine con nudos complicadísimos, dejando los dedos en libertad.

Los arneses de los caballos consistían en cabezadas, pretales y ataharres con muchas argollas y botones semejantes a los de nuestra talabartería criolla. Las riendas estaban a veces teñidas de púrpura, o eran doradas y blancas.

El casco de metal consistía en una especie de caldera cuyo fondo oval, que formaba el timbre, solía estar rematado por un largo penacho que los más altos jefes portaban de oro. Una estrecha arcada, la *ocularia*, perforábalo por delante desde la altura de las cejas hasta la base. La máscara trágica nació de aquel enser que daba a la fisonomía bélica

(1) Helbig ha hecho notar que en toda la epopeya homérica, sólo se menciona un arma de fierro: la maza de Areitoo el arcadio. El temple del bronce, alcanzado a fuerza de recoceduras cuyo secreto se ha perdido, igualaba casi al del acero en las armas cortantes, a las cuales se daba filo por medio del martillo, hasta obtener una gran dureza.

el espanto de una calavera profunda, aumentando la sonoridad de la voz con retumbos formidables. La guerra primitiva, nunca desdeñó el aspecto terrorífico del hombre armado, por otra parte eficaz en la lucha cuerpo a cuerpo. Otras veces el casco terminaba con una triple punta a guisa de cimera. La infantería llevábalo de cuero tresdoblado y apuntado por dentro con mimbre y con correas. Fortificábanlo al exterior colmillos de jabalí propiamente incrustados, a semejanza de los pequeños escudos de torneo que protegían el corazón del paladín, y recibían el nombre de carteles de justa. Placas de asta de ciervo, reemplazaban, en éstos, aquellos dientes.

Las corazas abovedadas, de bronce brillante, y los escudos del mismo metal, forrados por dentro con varias pieles de buey, una de las cuales rebasaba los bordes a manera de redondo delantal, completaban aquel imponente aparato. Dábase al bronce el color del oro, cincelándolo e incrustándolo con maestría (1). Todo el guerrero era una llama desde el penacho hasta los pies. Algunos añadían, para mayor imponentia, una piel de león, de pantera o de lobo blanco, que colgaba del hombro poderoso, acentuando con salvaje grandeza la terrible máscara del casco. Es de imaginar la impresión ante esas líneas de batalla, en las cuales el “muro” de la falange resultaba almenado por semejantes colosos.

A título excepcional, el poema menciona la “coraza de lino” del aliado troyano Amphius. Debía de ser una cota de cordones o torzales como las que llevaban los mesnaderos de

(1) Este metal era el famoso “oricalco” de los antiguos.

la primera Edad Media y los soldados incásicos; si no equivalía sencillamente al *gámbax* que los caballeros poníanse debajo de la coraza.

Para no mencionar las famosas armas de Aquiles que el poeta describe apenas, ocupado con preferencia en las alegorías del escudo, más bien atingentes al simbolismo religioso, me atenderé a la descripción del canto XI, donde Agamenon se apronta con sus mejores prendas.

Diez bandas de acero damasquinado, doce de oro y veinte de estaño reforzaban la coraza como los cellos de un barril. Dos dragones azules ornaban sus costados. El escudo estaba guarnecido por diez aros de bronce y veinte brocos (1) de estaño en torno de uno de acero negro. Veíase en sus bordes la Gorgona, el Miedo y la Fuga. Su correa era de plata, decorada por un dragón azul. El casco ostentaba un cuádruple penacho reunido en cola de caballo. De aquí el comentado epíteto con que Homero denomina esta prenda en Héctor: “el tremolante casco” (2).

El rey llevaba dos lanzas en sus manos; sin duda la arrojadiza con que se empezaba el combate, y la fija: enorme asta de fresno guarnecida de bronce, y cuya longitud alcanzaba hasta los seis metros. Las espadas de combate suspendidas del hombro por un talabarte en bandolera, tenían vainas riquísimas, bien que de madera claveteada con oro y plata. Asemejábanse en esto a las de los antiguos sables japoneses de parada; y como ellas tenían cerca de la boca una cavidad

(1) De donde “broquel”.

(2) Este acertado epíteto pertenece a la traducción en prosa castellana del señor Segalá y Estalella.

para el cuchillo bastardo, la *machaera*, con que se remataba al enemigo o se comía en campaña. Algunos jefes agregaban el hacha de combate, enastada de olivo.

Cuando por cualquier razón era imposible montar el carro, los héroes tiraban la flecha de los infantes ligeros, parapetados tras los escudos de la falange. Así rompió Pandaro (canto IV) la tregua establecida por el duelo de Paris y Menelao en el canto anterior. Su arco, don famoso de Apolo, estaba compuesto por los dos cuernos de un cabrón salvaje, que el armero especialista había unido. Menester es, por último, contar las hondas de lana tejida, semejantes a las que usan nuestros collas.

Por jactancia de caudillos valerosos, y seguramente por razones de prestigio popular también, los jefes ostentaban una heroica barbarie de costumbres y de maneras.

Aquiles posee por tienda de campaña un verdadero rancho de postes de abeto y techumbre de cañizo. Las tumbas heroicas, no obstante la conocida y bella deprecación del canto VII, que las quiere alzadas junto al mar para veneración de los navegantes futuros hacia los bravos de la antigüedad, son meros túmulos de tierra.

Los príncipes alardean una familiaridad casi salvaje con los perros. Los de Patroclo, sacrificados sobre la pira fúnebre para que así le honren, eran "compañeros de su mesa". El caballo merece las mismas distinciones. La princesa Andrómaca, mujer de Héctor, alimenta por su propia mano los del esposo, dándoles grano selecto y vino. Hacíalo, añade todavía el poema, antes de pensar en él, lo cual es explicable tratándose de la esposa de un domador: que tal era Héctor.

Aquiles habla con ellos, y ellos le responden como personas, aunque es verdad que son de raza divina; pero esto comporta una alabanza singular, puesto que solamente los héroes se glorifican de una ascendencia semejante. El poema los menciona siempre con elogio para sus pies macizos (1) y duros como el bronce, cualidad preciosa esta última, puesto que no los herraban, limitándose, probablemente, a curar los cascos con grasa y fuego como los campesinos de nuestras sierras. Alaba las crines de oro de las “blondas yeguas”, lo cual indica que ya el color alazán era un signo de raza y de fortaleza: “Alazán tostado, antes muerto que cansado”, dice nuestro proverbio; y los dos colores que Héctor menciona en sus caballos, son precisamente, el alazán tostado y el zaino (2). La mula sólo figura como más apta que el buey para la labranza, y como bestia de tiro doméstico.

A pesar de su enorme abundancia y de su frecuencia prodigiosa, pues apenas hay acontecimiento que no dé motivo a un festín, las comidas no pasan de harturas bárbaras. El simple asado y el vino las forman; pues, como se ha observado, hasta la mención de la carne cocida falta en Homero.

Para obsequiar a la embajada que le solicita su reintegro al ejército, Aquiles corta y ensarta en el asador los lomos

(1) La insistencia en el detalle de los cascos solípedos, es notable en Homero. La paleontología ha descubierto el caballo bisulco, y tal condición atribuíase al Bucéfalo de Alejandro. ¿Es esto una regresión? ¿Era aquella una prueba de antigüedad?

(2) Entre los árabes es también el buen color. Virgilio, autoridad en la materia, cita como el mejor color al zaino mencionado en el texto, y al gris isabela; en cambio, da como los menos estimados por los romanos, al blanco pálido y al gilvo, que algunos traducen por alazán, aunque es, propiamente, el melado, mezcla de blanco y rojizo, que nosotros llamamos lobuno o bayo encerado. Los caballos de Rhesus, que Homero elogia, lo propio que los de Turnus, alabados por Virgilio, eran, sin embargo, blancos.

de una oveja y de una cabra, mientras Patroclo enciende el fuego y dispone la mesa. Por todo condimento usan la cebolla cruda, que excita a beber, y espolvorean el vino con harina y con queso. Un poco de miel forma el postre de tan suscintos banquetes.

Un principio de buenas maneras despunta, sin embargo, en la costumbre de efectuar la escancia por la derecha, así como en la consideración hacia la mujer, aun cuando sea liviana como Helena a quien respetan los troyanos en su misma inconducta. Solamente Aquiles la llama una vez “la odiosa Helena”. Los personajes femeninos merecen al poeta y a los héroes, atributos generalmente amables. “Las mujeres elegantemente ceñidas”; las lesbianas, “bellas entre todas”; las troyanas “de profundo seno”; y hasta cierta referencia a la esposa de Meleagro, “Marpesa la de los hermosos talones”, insinúa ese refinado fetichismo del pie femenino, que arranca una poética exclamación al Cantar de los Cantares (VII, 1). La medicina era respetada con cierta consideración religiosa, al tenérsela por arte mágica. Machaon el médico, es un héroe entre los héroes; e Idomeneo dice a Néstor en el canto XI v. 514:

Vale un médico solo por muchos combatientes.

Los baqueanos que aquellos ejércitos primitivos necesitaban por falta de mapas y de referencias geográficas precisas, constituían una especie de geodestas naturales revestidos de cierto carácter sacerdotal. La música está bastante adelantada también. Recréanse los guerreros cantando sus

aventuras en la lira. En los banquetes resuenan la flauta y la siringa. La trompeta militar ritma el paso de las tropas y exalta con su voz las heroicas órdenes.

El concepto del heroísmo estriba, a su vez, en una cualidad reflexiva: la constancia. En cambio, la astucia, que para el civilizado Jenofonte será el don por excelencia, sólo figura como característica de Ulises. Homero pinta, sobre todo, constantes a sus héroes, como queda dicho, y rudamente crueles. La venganza griega que no admitía como atenuantes del homicidio la casualidad, ni aun la infancia del agresor, es el móvil de todas aquellas bravuras. Aquiles no admite ni el perdón infantil ni el rescate. Quiere solamente sangre.

He aquí un rasgo típico entre todos, para que pueda apreciarse cómo encarece Homero en sus héroes la virtud de la constancia. En el canto XI (v. 544-57) apenas acaba de describirnos la retirada de Ajax, como un león que fracasa en su ataque a los rediles, añade, sin transición alguna, esta comparación cuya sorprendente audacia revela toda la probidad de aquella poesía incomparable; (pues allá donde esté la máxima eficacia de la imagen, irá a buscarla sin preocuparse de las dificultades, que esto corre por cuenta de su genio, siendo él quien creará el lenguaje poético con los elementos inferiores y prosaicos):

*Tal cuando un asno llega lentamente al sembrado,
Y arrollando a los chicos que en su lomo han quebrado
Numerosas estacas, pace la miés profunda,
Bien adentro metido, y ellos siguen la tunda,
Mas su esfuerzo impotente para echarlo no alcanza,*

*Sino cuando está sacio ya: en multitud nutrida,
Los troyanos y aliados van dando de la lanza
Contra el broquel del prócer Ajax Telamonida.*

La guerra de exterminio, hállase proclamada con toda su barbarie por Agamenon el jefe supremo, en el canto VI (v. 57-60):

*¡Que ni uno solo evite la negra desventura!
¡Ni el niño que aun la madre carga, ni éste siquiera!
¡Perezcan todos juntos a nuestras manos, fuera
De Ilión, sin dejar rastro ni encontrar sepultura!*

En el canto XIII de la Odisea, Ulises jáctase ante Minerva disfrazada de pastor, de una traición no menos significativa por ser inventada para disimularse. Mató a Orsíloco en Creta, dice, porque quiso arrebatarme mi parte del botín troyano. Embosquéme cerca del camino que traía, en la obscura noche, y lo herí con mi lanza. Tal conducta era, según se infiere, un ardid de guerra, nada desdoroso.

Sin embargo, la cortesía caballeresca fundada en los deberes de la hospitalidad, tan sagrados para los griegos, engendra en el canto VI el bello encuentro del troyano Glauco con Diomedes, quien, al reconocerle en el combate como una antigua relación de su familia, le propone la suspensión de toda hostilidad entre ellos, y el cambio de armas en prueba de amistad. Los héroes se abrazan en el campo de batalla, y el trueque se efectúa, aunque las armas de Diomedes eran de oro y las de Glauco de bronce. Esta hermosa escena que las

leyendas medioevales reproducirán después, revela en los paladines homéricos una noble grandeza de alma.

Héctor es, entre ellos, quien representa el carácter superior del guerrero futuro, más simpático a nuestros sentimientos civilizados. Ante la idea absoluta de la fuerza, tenía que ser el vencido por Aquiles, menos complicado y, por lo tanto, más sólido como máquina de guerra. Sus consideraciones cuando el combate decisivo cuyo resultado funesto para él calcula, reconociéndose inferior a su adversario, son las de un héroe reflexivo en quien el sentimiento del honor supera ya a la bravura. También es el único en quien Homero pone dulces rasgos de amor filial y conyugal. Suya fué la idea de la tregua que hubiera terminado aquellos combates con el duelo entre Paris y Menelao, si Pandaro no la rompe. Cuando su famoso duelo con Ajax (canto VII, 237-43) dice a éste, haciendo gala de la nobleza que irá constantemente exhibiendo:

*Bien sé yo de combates y de carnicería;
A derecha e izquierda sé manejar mi adarga,
Dar invenciblemente la arrolladora carga,
O con mis raudas yeguas lanzarme de estampía.
Del pavoroso Ares sé a pie firme la danza;
Mas no quisiera herirte con aleve asechanza,
Sino en la lid abierta donde te alcanzaría.*

El combate con Aquiles representa para él el dominio del miedo, que constituye, en gran parte, el coraje de la civilización. Arrastrado por un movimiento primo, huye ante el

griego; mas, a poco, la idea de su responsabilidad como jefe se le impone. Engañado por Minerva, resígnase a morir como bueno, aceptando sólo el combate que había creído sostener ayudado por su hermano Deifobo. La diosa, tomando la figura de éste, engendró la confianza en el héroe acobardado, sugiriéndole, así, la aceptación del combate, y desapareciendo en el instante crítico. He aquí lo que Héctor se dice entonces (XXII-303-5):

..... *mi destino ha llegado;*
Mas no caeré, al menos, baja y cobardemente,
Sino haciendo algo grande que en los tiempos se cuente.

Antes había pensado un momento, si no valdría más rendirse a Aquiles, acudiendo desarmado para proponerle la capitulación. Pero acto continuo advierte lo desatentado de su idea, y, con ello, la necesidad de combatir (Id. 122-25 y 129-30):

Mas, a qué abrigo en mi alma tan inútil quimera?
Si a implorarle acudiese, me mataría, airado,
Sin piedad ni respeto por mí, cual si yo fuera
Una mujer, de todas mis armas despojado.
.....
Mejor es que luchemos, y así pronto se vea
Sobre quien el Olímpico la gloria señorea.

Y toda su alma está visible en el tan citado apóstrofe a

Polidamas quien, durante la acción del canto XII, pretende inducirle a la retirada invocando un signo funesto:

El mejor de los signos es pelear por la patria.

La antigüedad aseguraba con esta frase el honor de la civilización futura.

En cambio, el otro, si tampoco cree mucho en los presagios, despreocupado, al fin, como buen griego, declarando a Patroclo cuando éste le solicita el permiso de combatir, que no se inquieta de los augurios, es el prototipo del héroe primitivo, el Juan sin Miedo de todas las leyendas, y su psicología resulta la del héroe nato cuyo único destino es combatir: el hijo clásico de la gloria.

Sabe que morirá joven, pero esto no le inquieta, con tal que pueda ilustrar su nombre y ganar con ello la célebre tumba,alzada como un monte a la orilla del mar cuyas naves pondrán alas a su fama.

Con el origen divino, primera condición de su prestigio, tiene el genio y el acierto nativo del combate. El fatalismo que sombrea su juventud con una especie de feroz melancolía, no excluye la desconfianza ni la política. Sabe realzar sus méritos con la negativa, y no intervenir sino cuando la salvación depende enteramente de él. Procedente de la ruda Tesalia, tiene la ferocidad del montañés balcánico, los celos del orgullo indómito, el rencor sólido de la piedra que conserva durante siglos su herida, la cólera fácil, el corage jactancioso de los valientes que aman la gloria, y su consiguiente desobediencia. Su destino es vencer, conforme a la

creencia de todos los predestinados para el mando. Su juventud arde en la vanagloria de su belleza; pues sería hermosa, en efecto, la figura de aquel gigante rubio, resonante y relumbrante de bronce, al mismo tiempo que luciente de dura desnudez en los brazos descubiertos y la garganta como tendida al peligro bajo el escote de la coraza, a modo de esas estátuas criselefantinas cuya riqueza encarnaba a los dioses en el oro y en el marfil.

*Y fué el anciano Príamo el que primeramente
Lo notó que, brillando, por el llano corría,
Como el astro de otoño que alzándose esplendente,
Centellea entre todos en la noche sombría.
Astro llamado el perro de Orión por sobrenombre;
El que más fulge y guarda pernicioso secreto,
Y abrasadores hálitos de calor trae al hombre:
Así brillaba el bronce sobre su pecho inquieto.*

CANTO XXII, 25-32.

Pero en esa barbarie casi brutal hay un noble rasgo humano: la honda miseria de la existencia mortal, expresada por el don del llanto. El dolor arranca lágrimas al héroe inquebrantable y cruel. Así el más espeso manto de rocas, al fin da en agua bajo el trépano pertinaz.

Ni le faltaba la rapacidad característica del verdadero conquistador, y habitual en aquella época, como que el mismo Príamo reprochaba a sus propios hijos el latrocinio de ganados. Su voz estupenda aterra a los troyanos. Con sólo gritar tres veces desde las fortificaciones griegas, tres veces los

arrolla en tumulto de ola estrellada. Estos gritos constituyen en el poema una prenda heroica. Clamoroso es el ataque de los ejércitos; Eneas lanza gritos terribles al combatir; Estentor ha adjetivado con su nombre el alarido colosal.

El carácter de Aquiles es, así, la entidad más completa que en la literatura heroica sea dado concebir. Ennoblecido de verdad superior, no le sobra una luz y no le falta una sombra. Está hecho, si bien se mira, de defectos, porque es real; como el claro fuego, de tizones oscuros...

Ahora bien, esa exhibición de barbarie ante la ciudad civilizada; esa pasión impetuosa de la mujer, que engendrando la querella de Aquiles y Agamenon, forma la peripecia fundamental del poema y desarrolla el sentimiento caballeresco hasta las alturas de la hazaña; esa predilección por el perro y por el caballo, que cierra el poema con este elogio supremo a Héctor: "domador de corceles"; ese fatalismo mezclado de ruda fe en el destino y en la divinidad; ese papel importante del baqueano en las marchas; ese egoísmo del combate singular, que, ante todo, es proeza de caudillo; esas provocaciones por medio de la jactancia personal; esa voracidad carnívora, esa rapacidad cuatrera, esa indisciplina voluntaria, ese amor de las carreras, esa hospitalidad fidelísima, hasta ese respeto singular por la medicina promediada de magia, ¿no es verdad que ofrecen semejanzas curiosas con las cualidades y defectos de nuestros grandes montoneros, hasta formular imperiosamente una verdadera identidad psicológica?

Y al mismo tiempo, la memoria de nuestro viejo ejército se reproduce en ciertos rasgos, como si dijésemos de intimi-

dad heroica, hoy suprimida por la ciencia, con ventaja, quizá, pero no sin mengua para aquella impresión de patria potente, con que el veterano en marcha nos pasaba por los pelos como una acidez de acero el erizamiento de la gloria. ¿Será imper-
tinente, acaso, este recuerdo de la gran cosa vieja, desapare-
cida y no reemplazada ante el empirismo del profano, por
la novedad que se le antoja demasiado ligera?... Aquellos
cuerpos evocaban la fratria de las proezas, cimentada con
sangre que chorreó por delante, familiarizada por la ternura
viril de las grandes penas y las grandes glorias, comunes has-
ta ser impersonales, templada de peligro como un hacha sin
falla, enorgullecida hasta la suma elevación humana por la
dignidad insuperable de la muerte. Y era retumbo de heroís-
mo, cualidad de jefe como en la Iliada, aquella voz de com-
bate que dominando el tambor impulsivo y prevenida en luz
de rayo por una lista de espada categórica, lanzaba, alta en el
aire, desde el corcel estremecido, aquella palabra formidable
y vertical: ¡*Batallón!*...

*
* *

El pesado carruaje bélico, así como la situación de Tro-
ya entre montañas escarpadas, y la necesidad del contacto
con la escuadra, base de operaciones, volvían imposible para
los griegos toda tentativa de movimiento envolvente, de po-
liorcética complicada, ante un ejército igual en número y
dueño del terreno. Así, las operaciones redúcense a ataques
frontales y fortificaciones sucesivas del terreno ganado so-
bre la ciudad. Consistían ellas en profundos fosos, y en aba-

tidas casi imposibles de franquear por los carros. Mas esto es todo. No se aprovecha el terreno para la más insignificante zalagarda.

Mientras tanto, veamos el combate homérico.

La Iliada consta, en realidad, de dos batallas. La de un día entero, que sucede a la tregua rota por Pandaro, y la de varios días que remata con la muerte de Héctor.

Entre un vasto clamoreo avanzan las tropas. Los carros forman la vanguardia, pues en esos ejércitos caudillescos, los jefes deben combatir adelante. La retaguardia está compuesta por la más sólida infantería; al medio van las tropas más débiles. Néstor afirma (Canto IV) que esa es la formación tradicional.

Frente a frente está la acrópolis inexpugnable, como un pilón de basalto cristalizado en bloques gigantescos. Su áspero talante tiene la indiferencia de las montañas que le sirven de raíz. Y es como ellas un accidente del orbe. Detrás, el mar va expresando con sus olas, dijérase que palabra por palabra, su propia grandeza como un reiterado estímulo.

Rociadas de honda y nubes de flechas empiezan la batalla, sin cesar mientras ella dura; pero su desarrollo, como sucede siempre en los combates al arma blanca, es una serie de monomaquias ilustres. Pronto los carros bélicos hállanse en contacto. El estruendo de su choque es espantoso. Vuelan con acierto mortífero las jabalinas que los guerreros procuran evitar con hábiles reparadas; pero en la densidad de las filas, el dardo encuentra siempre carne que morder. Por sobre el héroe apuntado, va a clavarse en otro héroe, que con el asta encajada da en tierra, gigantesco, resonando sobre él sus rútilas armas.

Como los paladines del ciclo medioeval, así que los héroes han roto sus lanzas en el primer choque, ponen mano a las espadas. Por los claros de las armaduras, la hoja busca el cuello robusto, el vientre anheloso, el muslo potente. Retumba sobre los cascos, muchas veces abiertos, estalla en los escudos, perfora las corazas. Como una fragua relumbrante, cada pareja de carros lanza al cielo su columna de polvo que el sol dora, su enorme martilleo, sus voces aladas como llamas por el arretrato colérico, su calor sombrío de sudor y de sangre. Cae, al fin, uno de los combatientes, con aquella énea resonancia que el poema no olvida. Su cochero, con las sienes atravesadas por una jabalina, suelta las riendas. Los corceles desgobernados, que el escudero victorioso endereza hacia sus filas, atraviesan el combate con aquel bronce desordenado a la rastra, entre un aterrador estruendo de peñasco que devasta la rampa. El vencedor, con un pie sobre la espalda del caído, el otro a medias cubierto por el terciopelo cárdeno del coágulo en que se desperdicia la vida tronchada, altos los brazos que enguanta el polvo de la heroica tarea, empinado el casco hacia la nuca para que el viento alivie la frente alborotada de crines, glorifícase de su hazaña como un grande y sonoro gallo de bronce, mencionando su linaje célebre, sus agravios y las dotes del muerto que le pertenecen por ley de caballería. Pero en este momento, la falange más próxima separa de golpe sus escudos. Como en un relámpago, colúmbrase por la brecha un arco tendido, una rodilla armada que hace punta hacia adelante, un ojo que ya clava con su vívida puntería. Y la flecha negra parte, sin que el guerrero alcance a cobrar su escudo. El muslo atravesado

estorba la marcha del herido. En vano el auriga procura arrastrarle hasta el carro. La nube de flechas aturde con un concéntrico furor de largas abejas. Otro guerrero consuma la obra con su hacha o con su lanza. Mas el funesto arquero, no gustará mucho a su vez la ebriedad sanguinaria. Por entre las filas avanza un alto guerrero, dominándolas con todo el casco, tal cual con su testa el toro a la manada de terneras. Inútilmente las flechas vuelan contra su coraza y granizan sobre su escudo. No fructificarán en su carne aquellas bravas espigas de la muerte. Su brazo levanta una piedra enorme cuya moción exigiría la fuerza de dos hombres actuales. Como el árbol crecido en el parapeto de una torre antigua, el miembro estupendo se balancea y amenaza. Parte al último el proyectil rudísimo, rompiendo la línea tenaz y desbaratando los escudos a manera de tejas cuyo alero ha cedido; por todo el campo óyese su rebote; el arquero con las rodillas quebradas, se derrumba cubiertos de tinieblas los ojos.

Y entonces, por sobre la abundancia perseverante de las flechas, por sobre la masa encrespada de penachos, arbolada de lanzas, relucida de espadas, casi tocando la polvareda que afiebra el aire con un olor de coraje humano, de caballo y de sangre salobre, los ejércitos perciben en un estremecimiento grandioso, el paso del prodigio habitual.

Es la deidad bravía que vuela de través, arrastrando su ropa inmensa. Bien puede ser una nube dorada, una ráfaga, apenas, de viento superior; no importa. Los ojos hipertrofiados de gloria, han visto a la dura Minerva cuya vasta mirada ahonda en azul los cielos; al oriental Apolo que geo-

metriza el firmamento con las bisectrices de oro de sus flechas desmesuradas; al colérico Neptuno, que desde el frontero peñón de Samotracia se ha lanzado en un vuelo, arrastrando medio mar con una punta de su manto.

Pero el combate no se ha detenido, por eso, sino el espacio de un resuello de combatiente. El bronce trabaja otra vez; los héroes se desploman como los árboles preferibles de una floresta hacheada; de nuevo cruzan los carros sueltos, salpican sangre sus llantas atronadoras, clarineando la derrota con los relinchos de sus yuntas enloquecidas. No importa que el dios, furioso a su vez con aquella rabia de los hombres, entre al combate bajo su injusta seguridad de inmortal. Las armas humanas han de herirle a él también. Pronto el grito iracundo de Marte justificará esta proeza de Diomedes. El río Escamandro, indignado con la matanza de troyanos que Aquiles consume en sus propias aguas, lánzase contra el héroe en hirviente desborde; tuécese en sus rodillas con potente nudo, síguele por la playa, estruja su cintura con el denso brazo líquido, restalla espumas sobre su coraza; y cada vez que el perseguido, más rápido en su fuga, cree, al fin, verse libre, deteniéndose para alentar, la masa, recuperada en un bote, cae sobre sus espaldas como un encuentro de caballo, y el agua negra encrúpasele siniestra sobre la nuca. Sólo el fuego de Vulcano detendrá esa monstruosa persecución.

Mas ¿qué pueden el furor de los hombres ni el peligro de los dioses, ante aquella fiera aceptación de la muerte que constituye el principio del heroísmo? Las nobles expresiones de Homero a su respecto, están llenas de una augusta serenidad: morir en el combate es “dormir el sueño de bronce”.

Y tal van cayendo los héroes, unos tras otros, todos bajo la gloria lapidaria del verso, en largas listas honoríficas. Inútil y vano sacarlas del incomparable panteón; pero ¿me perdonaréis una confidencia, quizá excesiva en su intimidad baladí? En la mención de los héroes troyanos vencidos por Aquiles, hay un cierto "Laogonus" que me ha hecho pensar...

Oh, nadie tan incrédulo como yo de las genealogías, que suelen no ser sino cenotafios a domicilio, y por lo común sepulcros blanqueados; pudiendo decirse que uno malgastó la vida, cuando por la madurez de su juicio no ha llegado a ser su propio padre, y por la abundancia de sus buenas obras, su propia posteridad.

Así, todos vosotros, todos los que seáis honrados hombres de espada, pertenecéis al linaje de los héroes homéricos. Seguid la línea de nobleza que sus hazañas os trazan desde el fondo de la antigüedad.

En tanto que otros trabajadores más oscuros y humildes, buscan en la jornada paralela de la vida, como una quimera tal vez, la posteridad de Homero...



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FE DE ERRATAS

Pág. 21, línea 1 — Dice: adquiescencia..... Debe decir: aquiescencia
» 32, » 11 — Dice: esarlata Debe decir: esarlalas
» 39, » 17 — Dice: Asia; Debe decir: Asia:

